

Hortensia

Hortensia era su “nom de guerre”. En realidad se llamaba Anita. Sus apellidos se desconocen.

Era una de las mejores pupilas de la “casa de barrets” de la Riera de Sant Miguel, en la Barcelona reprimida y sojuzgada de los años cuarenta.

Cuando la Madame de la casa le presentó a Mac Allister, Hortensia estaba vestida con una especie de túnica que le llegaba a los tobillos y apenas dejaba entrever un pecho alto y una silueta armónica. Era un vestido totalmente correcto, hasta diríamos modesto. No tenía mangas, lo que permitía poner de manifiesto unos brazos blancos, redondos, muy bien torneados y que se adivinaban mórbidos.

— Ahí donde la ves, Mac, tiene un cuerpo como un cañonazo, le dijo al oído la Madame.

Mac Allister estaba un poco sorprendido ante la mujer que tenía delante que ni siquiera sonreía. Estaba más seria que la una.

Ya hemos explicado que este hombre no tenía la palabra fácil con las mujeres, ni siquiera que fueran profesionales. Era de una extraña timidez verbal que contrastaba con su audacia en alargar las manos.

Así, pues, al tiempo que saludaba cortésmente, posó la mano derecha sobre el brazo de la mujer ejerciendo una leve presión. Caray!, pensó, al notar la carne tersa de la mujer, ¿como tendrá los muslos?

Ella, manteniendo su semblante totalmente serio, le dirigió una mirada profunda e inquisitiva, que Mac Allister tuvo que hacer un esfuerzo para sostener y dar la impresión de impavidez.

Aparte de la relación carnal, se estableció entre ellos una simpatía y una cierta amistad poco corriente en estos casos en que el sexo, puro y duro, suele serlo todo.

Hortensia era, realmente, un monumento de mujer. La madame no había exagerado lo más mínimo. Y, además una profesional de primer orden.

La primera vez que entraron juntos en la habitación de la “casa”, ella se quitó el vestido—túnica de golpe. Debajo sólo llevaba las medias y un extraño portaligas de color malva.

Mac Allister quedó como deslumbrado, mientras los brillantes ojos de la puta se clavaban en los suyos, con una expresión entre tierna y provocadora.

Aquella tarde su mundo circunscribió a la superficie de la cama y la voluntad y el albedrío del hombre quedaron reducidas a la nada, tal era la tiranía carnal que se iniciaba y que llegaría a un total avasallamiento.

En lo sucesivo, en espaciados encuentros, pues Mac Allister no tenía recursos para alternar con las pupilas de aquella casa, que, para su tiempo, era más bien de las caras, Hortensia le rebajó la tarifa y alargaba lo que buenamente podía sus encuentros, aunque, curiosamente, Hortensia, que a juicio de la Madame y de Mac Allister, era, sin lugar a dudas, la mejor pupila de la casa, no era la más solicitada.

La Palma se la llevaba una rubia despampanante que atendía por el nombre de Diana, que prácticamente no paraba de trabajar. Se marchitó pronto y creo que hasta se llegó a poner

enferma.

Hortensia y Mac estaban hablando en uno de los saloncitos privados de la casa, que se utilizaban también como salitas de espera, cuando entró la Madame a interrumpirles.

— Vamos, Hortensia, basta de palique. Están aquí los Riera y hay que atenderlos, con que espabila.

— Mac, cielo, ¿me esperarás?, Tengo que tirarme a estos dos tíos.

Aunque la mujer se había pronunciado más bien seria, Mac Allister tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa. Él era así de inconsciente en estas cosas. Los Riera eran unos primos (hubo quien decía en el barrio que eran hermanos) que iban siempre juntos a todas partes. Eran ricos y, según se decía, daban buenas propinas a las pupilas de la casa. Últimamente se habían aficionado a Hortensia, a la que “utilizaban” asiduamente. A Mac Allister no le hacían ninguna gracia. Empezaba a sentir una fuerte atracción hacia Hortensia, con quien muchas veces departía largamente, pues era una mujer culta y muy buena conversadora, aunque pasaba de mostrarse muy afectuosa a una actitud glacial y hasta un poco soberbia, según como se mirara. Cuando pensaba que Hortensia entregaba su cuerpo a los Riera, y no sólo a ellos, a cambio de dinero no se sentía a gusto. Su carácter libre y un tanto idealista se revelaba contra la cruda realidad.

Aquel día esta sensación se agudizó, quizás porque la mujer se había encerrado con los dos a la vez.

— A saber que números tendrá que hacer con estos guarros, se dijo para sus adentros.

Mac Allister atravesaba una época en que se estaba volviendo muy belicoso, hasta casi agresivo. El carácter de este hombre aún no había madurado. Más tarde cambió rápidamente y salió a flote su temperamento extraordinariamente flemático, lo que seguramente le evitó muchos disgustos.

Aquel día estaba pensando en esperar a la salida de los Riera y provocarles abiertamente. La entrada de Diana en la salita desvió su atención. Verdaderamente Diana era muy hermosa. Pero su belleza era basta.

— ¿Esperas a Hortensia, Mac? Te advierto que tiene para rato. Con los dos Riera a la vez hay tela marinera. Es como meterse en la cama con dos cerdos. Te lo digo por experiencia.

Mac Allister palideció, mientras Diana sonreía con picardía.

— Oye, Diana, pero si los Riera solo se ocupan con Hortensia, según tengo entendido.

— Ahora sí, pero anteriormente iban con todas. A mi me obviaron porque notaron que les tenía manía. No son personas agradables, Mac, y eso que yo paso por tener buenos hígados.

La Mujer acarició los cabellos de MacAllister.

— ¿Lo sabes, chato?

Aquello era una clara invitación. Notaba demasiado cerca su soberbio cuerpo. Aquella mujer era como un animal joven. Y no era sincera. Los Riera iban con Hortensia porque les gustaba y a pesar de que les cobraba caro, muy caro, según se supo más tarde, cuando Hortensia ya había dejado la casa de la Riera de San Miguel.

Mac Allister esquivó el bulto, alegando que tenía trabajo y se fue a la calle, la puta calle, nunca mejor dicho.

Tardó unos días en volver y la Madame, al comunicarle que Hortensia en aquel

momento estaba ocupada, le preguntó que le había ocurrido con la mujer. Hay que aclarar que Mac Allister no se ocupaba nunca con las otras mujeres de la casa, ni siquiera con Diana que era, por decirlo de alguna manera, la más universal.

— No ha ocurrido nada, dijo el hombre.

— Hortensia ha tomado a mal que no la esperaras. Primero pensó que te habías acostado con Diana y aunque esto ya se aclaró, no sé qué diablos hablaron las dos mujeres que ha provocado el enfado de Hortensia.

— Pues yo no tengo ni idea.

Este incidente dio lugar a que los sucesivos encuentros de nuestro hombre con Hortensia se deterioraran a causa de la frialdad creciente que demostraba la mujer. Era claro que algo había cambiado, sobre todo desde que Mac Allister se creyó en la obligación de expresarle sus reparos acerca de los Riera y a decirle, lisa y llanamente, que se sentía enamorado de ella, lo que en principio fue muy bien acogido por la puta, dando lugar a uno de los encuentros amorosos más gratificantes de su relación.

Fue luego que todo se fue al garete.

Hortensia dejó el burdel, con gran disgusto de la dueña que perdía a una de sus pupilas más rentables.

Autor: Paco

Licencia: CC BY-NC-ND 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>